

NOTAS

El viaje al sol de Manuel Martínez de la Escalera

Comentario del libro titulado

Al encuentro del naturalista Manuel Martínez de la Escalera (1867-1949),
coordinado por Carolina Martín Albaladejo e Isabel Izquierdo Moya.

Prólogo de Xavier Bellés.

Colección Monografías del Museo Nacional de Ciencias Naturales, n.º 25.
CSIC, Madrid, 2011. 685 pp. ISBN: 84-00-09413-3. PVP 38,5 Eur + IVA

EMILIO CERVANTES
IRNASA-CSIC (Salamanca)

El dieciocho de diciembre de 2011, festividad de Nuestra Señora de la Esperanza, el Museo Nacional de Ciencias Naturales editó un libro dedicado a la memoria de Manuel Martínez de la Escalera, entomólogo y viajero, al cumplirse ciento cuarenta y cuatro años de su nacimiento. Titulado “Al encuentro del naturalista Manuel Martínez de la Escalera (1867-1949)”, el libro está coordinado por las investigadoras del Museo Carolina Martín Albaladejo e Isabel Izquierdo Moya, quienes, por haber tenido a su cuidado las colecciones entomológicas, están bien familiarizadas con los trabajos del homenajeado.

Contiene un total de treinta capítulos y un apéndice grafo-psicológico, firmados por treinta y ocho autores entre los que se encuentran reconocidos entomólogos, naturalistas e historiadores de la ciencia, con una presentación del Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales y un prólogo de justo título “Manuel Martínez de la Escalera o la pasión por la Entomología” firmado por Xavier Bellés Ros, del Instituto de Biología Evolutiva del CSIC en Barcelona.

Comienza la obra con una puntualización importante en su dedicatoria:

A los naturalistas españoles, siempre faltos de apoyo y reconocimiento.

Detalle que aplaudo y del que tomo buena nota para comenzar el presente comentario dedicándolo de esta manera:

A los taxónomos, en general, quiénes en los tiempos que corren deberán encomendarse a Nuestra Señora de la Esperanza.

Porque antes de abrir el libro, su propio peso viene a demostrar que aquellas cosas que tienen que ocurrir, acaban ocurriendo, materializándose. *Rotas opera tenet*, explica el dicho latino: El Universo contiene las obras. Algunas, *a priori* difíciles o particularmente costosas, acaban cumpliéndose: saliendo adelante siempre y cuando haya alguien que sienta que su deber consiste en impulsirlas, darles a luz a menudo con esfuerzos titánicos. Y puesto que la taxonomía es labor necesaria para el conocimiento de la Naturaleza es de esperar que un día no muy lejano veamos su resurgir. En tal dirección apunta este libro y es que, quizás como consecuencia de la crisis y debido a la dificultad de conseguir medios para el material fungible tan imprescindible en biología molecular, podrían volver ahora los naturalistas a trabajar en el campo. Será o eso o nada, pues bien sabido es que *sine systemate, chaos...*

El libro comparte cualidades con su protagonista: una tarea minuciosa, profesional, decidida y completa sin olvidar una importante vocación humanista. Nos gustaría que todo esto viniese a ser marca de la casa, herencia de la generación de Escalera a la de Martín Albaladejo e Izquierdo Moya y que se transmitiese así a sucesivas generaciones de entomólogos e investigadores del Museo y del CSIC en general.

Por su variedad, densidad y oportunidad histórica, la obra recompensará con creces a quien le dedique una lectura paciente, pero también a sus lectores más superficiales o apresurados, puesto que, entre otras cosas, se trata de un relato de aventuras. No en vano comienza mencionando unos versos de Lord Byron que dicen:

Escalar por montañas invisibles, sin rastro, como animal salvaje; y a solas, embebido, contemplar los torrentes, los barrancos más altos; eso no es soledad, es más bien comulgar, sumergirse en la magia de la naturaleza.

Inevitable destacar aquí que los versos comienzan por el verbo Escalar. Como también ineludible que, puesto a copiar, copie el párrafo de Escalera que sigue a estos versos:

Y yo señores, dejé tras de esa puerta el morral del viajero, que recogeré gozoso a la salida; y sin más ley que la voluntad todopoderosa ni más atadero que el cumplimiento del deber, sacado ahora el polvo del camino andado, en espera de la estación florida, para alzar el vuelo en demanda de tierras donde sale el sol más presto y beber en la copa desbordante de la naturaleza.

Dos párrafos introductorios cuyo contenido, bien tejido y entrelazado, daría material para escribir largo y tendido porque...

¿Acaso no es una curiosa coincidencia que el verso de Lord Byron comience por el verbo Escalar?

Pero no se trata sólo de escalar: *Sumergirse en la magia de la naturaleza*, dice después el poeta viajero en otra frase conveniente al caso, porque si alguien se ha sumergido en la magia de la naturaleza, después de la visita de don Quijote a la Cueva de Montesinos, ese fue Manuel Martínez de la Escalera. *Escalar montañas invisibles, sin rastro, como animal salvaje*, fue, al parecer su sino. También bajar barrancos.

Así leemos en el capítulo dedicado a la Misión Científica en Canarias de 1921, del que es autora Isabel Izquierdo (página 397):

Impresiona la idea de las múltiples bajadas al fondo del barranco que serían necesarias, con sus correspondientes subidas y desde enero a abril, para constatar con tal detalle el ciclo y comportamiento de estos insectos, cuyo tamaño por otra parte oscila entre los 3 y los 4 mm. (Se refiere a *Cephalogonia satanas* y *Cephalogonia mephistopheles* precisamente, que viven en *Euphorbia balsaminifera* y se encuentran entre las especies descritas por Escalera en este viaje).

A sumergirse en la magia de la naturaleza, que para Byron es sinónimo de comulgar, Escalera llama buscar *tierras donde sale el sol más presto y beber en la copa desbordante de la naturaleza*. Nos encontramos ante dos autores de fundamentos y aspiraciones semejantes. Religiosos, dirían algunos, a quienes tal vez otros religiosos responderían: panteístas. Con toda seguridad, ambos conscientes de pertenecer a un Mundo pródigo en coincidencias entre sus variados objetos; de las cuales, algunas les esperan impacientes por ser descubiertas. Nos encontramos ante autores que, en una palabra, son, románticos.

La escalera es el símbolo de la progresión hacia el saber, de la ascensión hacia el conocimiento de la transfiguración. Si se eleva hacia el cielo, se trata del conocimiento del mundo aparente o divino, solar; si entra en la tierra, se trata del saber oculto y de las profundidades del inconsciente, allí donde pueden encontrar su hábitat algunas especies del Gén. *Cephalogonia* como las arriba mencionadas. Del *Dictionnaire des symboles* publicado en París por Robert Laffont y las ediciones Júpiter, de los autores Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, obtenemos la base para esta información en el apartado dedicado a la escalera (Escalier). No seguiremos leyendo dicho apartado porque en él, los autores continúan discurriendo con total libertad sobre las pirámides, tema que no tiene que ver con nuestro homenajeado, salvo si tenemos en cuenta que para los egipcios el dios Ra, el Sol, es el escarabajo (esc.), símbolo cíclico del sol. Los viajes en busca del escarabajo fueron el medio natural de nuestro autor y hemos de comprender que el resultado de tan altas aspiraciones no sea inmediato. Todo llegará, pero con el debido tiempo:

Si se retrasan mis noticias no por ello piensen mal de mis aventuras, será que vengo por tierra y nada más.

Escribe en 1906 desde la ciudad portuaria de Mogador (hoy Essaouira) como nos recuerda en la página 221 Carolina Martín Albaladejo al comenzar su capítulo titulado “Martínez de la Escalera en el Noroeste de África: la huella de sus exploraciones entomológicas”.

Si las noticias (los hechos, o las personas) se retrasan, no pensemos mal ni seamos impacientes, será que vienen por tierra. Si hubiesen venido por mar ya habrían llegado; y antes de haber venido por el aire o por el sol, parece decir Escalera, siempre presto a salir en ruta hacia el sur, en su busca; o, lo que es lo mismo, a cazar escarabajos, si es que aciertan los egipcios y el escarabajo es el sol: La caza sutil, se lee en el

capítulo número diecisiete que Joaquín María Córdoba Zoilo ha escrito en este libro de aventuras.

El libro se divide en seis secciones: El Hombre y su Vida; Actividad Científica; Otros Intereses; Expediciones y Muestreos; El Patrimonio Científico de Martínez de la Escalera y.... cómo no, En el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

¿Por dónde comenzar? La cuestión no es fácil y seguramente se nos planteará en repetidas ocasiones. La mayoría habremos comenzado por mirar despacio las imágenes en color de sus últimas páginas. Podríamos después explorar en el Índice Onomástico en busca de algún autor o personaje que nos resulte conocido y pueda ahí estar citado. También podemos ¿cómo no?, empezar por cualquier capítulo, por ejemplo por la sección dedicada a Expediciones y Muestreos; o por el último capítulo, que hace el número 30 titulado “El Patrimonio Científico de M. M. de la Escalera en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Insectos”, del que son autoras Mercedes París García, Amparo Blay Goicoechea, Mercedes Hitado Morales, Isabel Izquierdo Moya y Carolina Martín Albaladejo. En su página 585 leemos:

Para comenzar por el principio, diremos que queda constancia en esta colección de su periplo inicial por numerosas cuevas españolas a finales de siglo. Sobre estos muestreos publica sus dos primeros trabajos científicos que incluyen la descripción de tres especies nuevas: *Bathyscia bolivari*, *B. sharpi* y *B. autumnalis* (Martínez de la Escalera, 1898, 1899), cuyos tipos se conservan aquí así como también muchos de los animales capturados en aquellos recorridos.

Volveremos más adelante con estos insectos cavernícolas.

También podemos empezar de manera ortodoxa por el principio. En las ocasiones en que lo he hecho así, no he llegado nunca al punto de parar por aburrimiento sino que, por el contrario, siempre me ha faltado tiempo debiendo interrumpir la lectura para atender alguna necesidad o imprevisto.

Al preparar el libro dedicado a Mariano de la Paz Graells, lamentábamos los autores que, por no haber encontrado descendientes directos de nuestro homenajeado, su memoria personal era ya remota: el barco que había roto amarras. Afortunadamente, en el caso de Manuel Martínez de la Escalera, el recuerdo personal permanece vivo en la memoria de sus descendientes. Así, los dos primeros capítulos son de lectura obligada porque nos acercan al homenajeado en base a recuerdos y testimonios de sus familiares.

En el primer capítulo, titulado “Algunos recuerdos familiares sobre el entomólogo Manuel Martínez de la Escalera y Pérez de Rozas”, Joaquín Fernández Pérez define los contornos familiares y personales del entomólogo guiándose en algunos casos por el recuerdo de su nieto Manuel, que también acudió a la presentación del libro que tuvo lugar el pasado día 29 de febrero en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Sus viajes y aventuras, su vida en Madrid, sus hijos, de los cuales Fernando siguió las aficiones entomológicas y viajeras de su padre. La vida de todos ellos en

las dificultades de la posguerra. El hijo menor de Escalera, Manuel, quien con nueve años aparece montado a caballo como un expedicionario más en la fotografía de la página 55 tomada en algún lugar de Marruecos en 1913, permaneció tras la guerra Civil en Madrid y es el padre de Manuel Martínez de la Escalera Príncipe que ayudó al autor de este emotivo primer capítulo. Fernando, el mayor, salió hacia Uruguay y sus dos hijos mayores hacia México, hasta enlazar con las generaciones actuales: Gonzalo, neurobiólogo en la UNAM, es nieto de Fernando y autor del segundo capítulo.

Titulado “Fernando Martínez de la Escalera: Aproximación al legado humanista de Manuel Martínez de la Escalera”, el segundo capítulo nos ofrece una visión de primera mano de la persona de Fernando, el hijo mayor del entomólogo, realizada por su nieto Gonzalo Martínez de la Escalera Carrasco:

Mi hijo Fernando ha sido el primer entomólogo que ha pisado tierras del sur del Atlas...

Contaba entonces quince o dieciséis años. Con dieciséis, *un caballo, dos mulas y dos criados* inicia la segunda exploración al Sus, primera encabezada por él siguiendo directrices de su padre:

Convendría que pasaras por el Gundafi sin detenerte en el camino y comenzar la caza en la vertiente sur del Atlas; si te es posible, desde el Gundafi o Tarundant, podrías dirigirte hacia Tazenaht y el Draa, regiones absolutamente nuevas y que deben tener una fauna escasa, pero interesantísima; el 30 por 100 de las especies del Sus salen nuevas.

El capítulo narra los peligros y aventuras de estas exploraciones, su labor como intérprete y secretario de Moulay Abd al-Hafid, quien fuera sultán de Marruecos entre 1908 y 1912, sus actividades como entomólogo y describe la relación familiar con sus nietos.

Los capítulos 3 y 4, de Carlos Martín Escorza y Carolina Martín Albaladejo e Isabel Izquierdo Moya se ocupan respectivamente de “Los progenitores” y de la “Cronología Biográfica del Naturalista”. Al final del cuarto capítulo hay que leer con atención las notas biográficas que Emma Martínez de la Escalera escribe mecanografiadas en media docena de cuartillas y que contienen memorias y anécdotas vivas de la convivencia con su padre.

La segunda sección se ocupa de la Actividad Científica y contiene nueve capítulos. El capítulo 5, firmado por las coordinadoras del libro, presenta un compendio de la bibliografía del autor, quien con un total de 156 obras es uno de los más productivos de la entomología nacional. De ellas, 149 son de carácter estrictamente científico dedicándose 129 a los coleópteros. El capítulo 6, de Celia Santos Mazorra y Cristina Aragüés Aliaga analiza los 862 taxones de coleópteros descritos por Escalera y discute su validez actual. El capítulo 7, de Alberto Gomis Blanco, trata de la Proyección Científica de Manuel Martínez de la Escalera desde la Real Sociedad Española de Historia Natural, institución importante para la exploración y el estudio del

Noroeste de África. En el capítulo 8, Carlos Martín Escorza y Carolina Martín Albaladejo realizan un “Análisis de los textos y obras de Escalera” basado en el empleo de herramientas informáticas y estadísticas que sirve ya, entre otras cosas, para destacar una publicación excepcional: La dedicada en 1914 a los coleópteros de Marruecos. El noveno capítulo de Mario García París y José L. Ruiz se dedica a “Las Can-táridas y Aceiteras (Coleoptera: Meloidae) en la obra de Manuel Martínez de la Escalera”. El décimo, por Isabel Izquierdo Moya e Irene Fernández Sanz va dedica-do a la fauna cavernícola y endógea.

El undécimo capítulo, de Carolina Martín Albaladejo se concentra en los resulta-dos entomológicos de las exploraciones en el noroeste de África y puede ser también un buen punto de partida para comenzar a entender la labor del homenajeadó.

Por mi particular situación de condenado a perpetuidad a la lectura de “El Origen de las Especies por Medio de la Selección Natural o la Supervivencia del más Apto en la Lucha por la Existencia”, obra cumbre de la manipulación social, uno de los capítulos que he leído con más detenimiento ha sido el que hace el número duodécimo, titulado “Reflexiones sobre la labor científica de M. Martínez de la Escalera” y firmado por José L. Ruiz y Mario García-París. Resumiendo la labor del naturalista dicen los autores en la presentación del capítulo:

...publicó trabajos taxonómicos de 21 familias distintas de coleópteros, en los que describió 862 nuevos taxones para la ciencia, a la par que estudios faunísticos de gran calado, entre los que destaca sobremañera la fauna de coleópteros de Marruecos (Martínez de la Escalera, 1914)...

Y un poco más adelante:

Es realmente destacable el modo en el que Martínez de la Escalera utilizaba los criterios taxonómicos y, sobre todo, su percepción de los conceptos evolutivos subyacentes, una percepción realmente avanzada para su época que debería haber transcendido con mucha más fuerza de la que lo hizo.

Interesa discutir los aspectos sugeridos en este breve párrafo: Los criterios taxonómicos y los conceptos evolutivos subyacentes. A tal fin he comentado ya el capítulo en una entrada del blog “Biología y Pensamiento” titulada “La variación en la naturaleza: La ciencia de la taxonomía y el concepto de Especie según Manuel Martínez de la Escalera”.

Sospecho que el trato dado por Darwin a la taxonomía y a sus categorías, lleno de ambigüedad y carente de rigor ha sido fatal para esta disciplina, y por tanto no sólo ha resultado influencia negativa para el conocimiento, sino también para el respeto por la naturaleza. Ya lo decía valientemente William R. Thompson en su prólogo a una edición del “Origen de las Especies” en 1956:

The success of Darwinism was accompanied by a decline in scientific integrity. This is already evident in the reckless statements of Haeckel and in the shifting, devious and histrionic argumentation of T. H. Huxley.

El éxito del darwinismo fue acompañado por una decadencia en la integridad científica. Esto ya es evidente en las declaraciones irresponsables de Haeckel y en la ambigua, tortuosa e histriónica argumentación de TH Huxley.

La práctica de la taxonomía tiene mucho que ver con la integridad científica, con el rigor. Curiosamente, además de tratar del rigor de Martínez de la Escalera en un apartado titulado “El concepto de especie y la percepción evolutiva”, los apartados siguientes de este duodécimo capítulo son de título igualmente revelador: “El principio de autoridad: Una visión premonitoria” y “El trabajo de Campo, pilar básico en la forja de un entomólogo”.

En relación con el concepto de especie, los autores recuerdan las siguientes citas del naturalista. Algunas vuelven a aparecer en el capítulo 21:

“Viniendo á la especie, he considerado á ésta como el estado presente de una forma animal que ya concreta y fija de momento ó ya con una gran variabilidad y siempre en área geográfica bien limitada presenta en sus individuos una tal suma de caracteres idénticos que impiden su división en otros grupos secundarios.”

Cita tomada de Martínez de la Escalera, M. *Sistema de las especies ibéricas del gen. Asida* Latr. Bol. Soc Esp Hist Nat 5: 377-402.

Y, también en relación con el concepto de especie:

“Nada hay más falso, á mi juicio, que el afirmar que una especie es válida solamente cuando no existen puntos de enlace con otras, considerándola, cual á un hito en medio de un campo, aislada; corno si nadie pudiera afirmar que la falta de transiciones es debida á imperfecto conocimiento de la fauna viva ó á extinción próxima ó remota de dichos intermediarios.”

“¿Qué mejor argumento para hacer dos subgéneros puede aducirse que esta imposibilidad de habitar las especies de uno de ellos, el área de las del otro, aún desaparecidas, después de millares de años, las causas que desviaron dichas adaptaciones de un antecesor, que tampoco puede negarse fue el mismo otros millares de años antes?”

Ambas citas tomadas de Martínez de la Escalera, M. *Sistema de las especies ibéricas del gen. Asida* Latr. Bol. Soc Esp Hist Nat 5: 430-450.

También llama la atención en este duodécimo capítulo de la obra el texto que sigue:

Como la mayoría de sus colegas, Martínez de la Escalera utilizaba unos pocos caracteres morfológicos considerados de importancia taxonómica como base para la descripción de taxones nuevos (variables según el tipo de coleópteros tratado).

Pero en sus trabajos, el valor de estos rasgos no es absoluto, sino que depende del contexto geográfico y de la cantidad de material disponible, siendo esta última circunstancia de especial importancia, pues nuestro autor prestaba gran atención a la variabilidad interespecífica y a la constancia o fijación en las poblaciones de determinados rasgos a la hora de nominar nuevos taxones. Aunque esta praxis aparentemente arbitraria produjo cierta discusión por parte de algunos entomólogos coetáneos, un examen de las diversas atribuciones revela que la arbitrariedad, al menos en el caso de las descripciones de taxones de la familia Meloidae, se encuadra en un esquema preciso que sólo falla cuando el número de ejemplares es limitado.

Y, a continuación, los autores dan ejemplos de este método utilizado por el naturalista, de quien dicen:

Sin lugar a dudas, Martínez de la Escalera fue un evolucionista convencido. Su visión evolutiva del mundo vivo impregnó buena parte de su obra y, por ende, del quehacer taxonómico y sistemático en ella plasmado. Conforme a esa línea de pensamiento, en relación a los grupos que estudió en mayor profundidad, persiguió un objetivo primordial: generar clasificaciones naturales, basadas en las relaciones de afinidad y parentesco, tratando en la medida de lo posible de desvelar la historia evolutiva de los taxones implicados, para lo cual utiliza la información paleogeográfica disponible. En esencia, pretende establecer la posible filogenia de estos grupos, a lo que llamó “genealogía” según sus analogías naturales, enraizada en un ancestro común (...; si bien en 1925 utilizó el término “filogenético” para titular un trabajo que no llegó a publicar,...), aunque, evidentemente sin el concurso de metodología cladista, no desarrollada hasta varias décadas más tarde.

Destacan un par de párrafos de la sección titulada “El principio de autoridad: Una visión premonitoria”:

Otro aspecto especialmente significativo del trabajo de Martínez de la Escalera, a nuestro parecer, es su rechazo implícito al principio de autoridad. Quizás cansado de las críticas de otros entomólogos, Martínez de la Escalera (1944) escribe:

“Y del libro estrictamente científico, documentado, quizá por exceso de datos y colecciones disponibles y espíritu- de generalización, también cabe desconfiar; puesto que lleva a los unos a considerar una forma nueva como mera subespecie, variedad o raza local de alguna especie de área más extensa; y a los otros, a estimarla de mayor categoría creando para ella un subgénero, que hará la desesperación del bando opuesto, dando lugar a discusiones bizantinas entre naturalistas del xix y del xx, en que he tomado parte alguna vez.”

Algo distinto a lo que sugería Charles Darwin en el capítulo titulado Sobre la Variación en la Naturaleza:

Hence, in determining whether a form should be ranked as a species or a variety, the opinion of naturalists having sound judgment and wide experience seems the only guide to follow. We must, however, in many cases, decide by a majority of naturalists, for few well-marked and well-known varieties can be named which have not been ranked as species by at least some competent judges.

De aquí que, al determinar si una forma ha de ser clasificada como especie o como variedad, la opinión de los naturalistas de buen juicio y amplia experiencia parece la única guía que seguir. En muchos casos, sin embargo, tenemos que decidir por mayoría de naturalistas, pues pocas variedades bien conocidas y caracterizadas pueden mencionarse que no hayan sido clasificadas como especies, a lo menos por algunos jueces competentes.

Puesto que la clave no está en la confianza en la autoridad, en el buen juicio y amplia experiencia de otros naturalistas, sino más bien en la propia experiencia de la naturaleza; es decir, en el trabajo de campo.

Termina esta sección segunda con un capítulo de las coordinadoras dedicado a los nombres de organismos dedicados a Martínez de la Escalera (capítulo 13).

Los tres capítulos siguientes, 14, 15 y 16 constituyen la sección titulada “Otros intereses” y tratan temas tan variados como la historia de la zoología marina y la oceanografía en el NO de África (Juan Pérez-Rubin Feigl), la apicultura (Concep-

ción Ornos Gallego) y esa curiosa costumbre que tuvo Escalera de construir sus propios folletos divulgativos sobre la vida de los insectos que a veces parecía confundirse con la suya propia (Santos Casado).

Cruzamos así el ecuador del libro y llegamos a su principal puerto: las Expediciones y muestreos que son el motivo de la sección siguiente que comprende los capítulos 17 a 22. Los capítulos merecen una lectura detenida. El capítulo 17 está escrito con las amplias miras del humanista y se dedica a los viajes de Escalera por Anatolia, Siria e Irán. Su autor, Joaquín María Córdoba Zoilo parece a veces lamentarse de que Escalera no hubiese dedicado más atención a las ruinas, por haberse centrado tanto en los insectos, pero no debía ser tarea fácil la suya. La dureza de los viajes afectó fatalmente a Fernando, el hermano menor del naturalista, quien falleció a los pocos días de su regreso. El capítulo 18, dedicado a las expediciones entre 1905 y 1912 por el Noroeste de África, por Jorge Pina, describe meticulosamente la situación en Marruecos a primeros de siglo XX. En los capítulos 19 y 20, Isabel Izquierdo trata respectivamente de los viajes a El Muni y la Guinea Española (cap 19) y de la Misión Científica en Canarias de 1921 (cap 20). El capítulo 21, titulado Estudiando Insectos por España, del que son autores Carolina Martín Albaladejo, Israel Pérez Muñoz, Teresa Cuartero Arteta e Isabel Marcos Gilaranz, describe las colectas por la Península Ibérica y vuelve a destacar el talante de Escalera como taxónomo. Cierra la sección el capítulo 22, de Fernando Arroyo Rey, con la labor realizada para la localización geográfica de las localidades utilizadas para los muestreos de Escalera en los distintos países.

Las dos últimas secciones del libro se dedican a El Patrimonio Científico de Martínez de la Escalera, con tres capítulos (23, Museo de Antropología de Madrid, por Francisco de Santos Moro; 24, Real Jardín Botánico, por Ramón Morales Valverde, Paloma Blanco Fernández de Caleyá y Margarita Dueñas Carazo; 25, Museo de Ciencias Naturales de Barcelona, Eulàlia García Franquesa, Glòria Masó Ros y Francesc Uribe Porta) y en particular al Patrimonio en el Museo Nacional de Ciencias Naturales con cinco capítulos (26, Aves y Mamíferos, por Josefina Barreiro Rodríguez; 27, Anfibios y Reptiles por José Enrique González Fernández; 28, Peces, por José Dorda Dorda; 29, Artrópodos no insectos y Moluscos, por Javier Sánchez Almazán, María Dolores Bragado Álvarez, Francisco Javier de Andrés Cobeta y Rafael Araújo Armero; 30 Insectos, por Mercedes París García, Amparo Blay Goicoechea, Mercedes Hitado Morales, Isabel Izquierdo Moya y Carolina Martín Albaladejo). Cierra la obra un estudio grafopsicológico por Juan Allende del Campo.

Hay un cuento del autor romántico Adalbert von Chamisso titulado Peter Schlehmil (1815) cuyo contenido es desconcertante. El protagonista, Peter Schlehmil, es un naturalista que ha vendido su sombra al diablo. En la transacción comercial, obtiene a cambio una bolsa con dinero permanente que le permite recorrer el mundo.

Hace años que me intriga por qué el protagonista había de ser un naturalista. Incluso hay quien afirma que el autor se inspiró en el propio Linneo para su perso-

naje. Puestos a buscar explicaciones podríamos suponer que en la naturaleza todo lo vemos por la luz del sol, quien al imponer su ley, impone también las sombras como un tributo a ese orden natural. El naturalista, por ser él mismo intérprete de tal orden estaría colocado del lado del sol y exento de pagar esa tasa de sombra. Un pacto de índole harto peculiar lleva al naturalista a una situación especial en la cual, por una parte el sol siempre brilla (siempre hay monedas disponibles) pero, precisamente por encontrarse de su lado, del lado de quien impone el orden, tal orden no tendría un efecto sobre el protagonista. El naturalista puro es intérprete de la naturaleza, tiene poder otorgado para nombrar sus objetos, pero, a cambio, no hace sombra por hallarse del lado del sol.

Una curiosa imagen preside la portada del libro titulado “Al encuentro del Naturalista Manuel Martínez de la Escalera (1867-1949)”. En ella, un escarabajo preparado como en una colección entomológica proyecta una gran sombra que se extiende a su derecha. En la imagen no es visible el sol pero en su parte superior está la firma del homenajeado, cuya M mayúscula describe una circunferencia.

NOTAS

- 1 El libro contiene además un DVD en el que se encuentran documentos variados, imágenes, fotografías, una entrevista con Manuel Martínez de la Escalera Príncipe y la totalidad de los artículos del naturalista en formato PDF.
- 2 La presentación del libro tuvo lugar en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid el día 29 de febrero de 2012 con la participación de la vicepresidenta adjunta de Ciencia y Tecnología del CSIC, Ana Martínez Gil; el director del Museo, Esteban Manrique Reol; el director del servicio de publicaciones del CSIC, Miguel Ángel Puig-Samper Mulero; don Manuel Martínez de la Escalera Príncipe; Xavier Bellés Ros, del Instituto de Biología Evolutiva del CSIC en Barcelona y las coordinadoras del libro Carolina Martín Albaladejo e Isabel Izquierdo Moya, ambas investigadoras del Museo.

BIBLIOGRAFÍA

- CERVANTES, EMILIO (ed). (2009) *El Naturalista en su Siglo. Homenaje a Mariano de la Paz Graells en el CC aniversario de su nacimiento*. “Ciencias de la Tierra” 29. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- THOMPSON, William R. (1956) *Introduction to Charles Darwin's The Origin of Species*. London and New York, J. M. Dent & Sons, Everyman's Library.